

COLONIALIDAD E INTERCULTURALIDAD EN CHIAPAS. ALTERNATIVAS PARA UNA PRÁCTICA DOCENTE PERTINENTE

Leocadio Edgar Sulca Báez*

Colonialidad y eurocentrismo

En este apartado presentaré de manera sintética algunas ideas sobre la colonialidad y el eurocentrismo desde los planteamientos de Aníbal Quijano, para posteriormente reconocer la situación actual de la educación. Según nuestro autor, la globalización es la culminación de un proceso que comenzó con la constitución de América y el capitalismo colonial moderno y eurocentrado como un nuevo patrón de poder mundial.

La presencia europea en el nuevo mundo estableció un nuevo patrón de poder a través de una clasificación social de la población con base en la idea de raza; se trata de una construcción mental para el dominio, una codificación entre conquistadores y conquistados en la que se toma como elemento diferencial los rasgos biológicos. Los pueblos conquistados y dominados fueron situados en una posición natural de inferioridad y con ella también sus rasgos fenotípicos y sus culturas. A partir de este elemento constitutivo se fundaron las relaciones de dominación impuestas en la Colonia.

Esta base de clasificación racial de la población de América Latina se aplicó también a la población mundial, donde este nuevo patrón de poder estableció la articulación de todas las formas históricas de control del trabajo, de sus recursos, de sus productos, en torno del capital y del mercado mundial. De manera similar, todas las experiencias históricas y todos los recursos y productos culturales terminaron articulados en un solo orden cultural global.

Al extenderse este nuevo patrón al mundo, se elaboró la perspectiva eurocéntrica de conocimiento; la idea de raza naturalizó las relaciones coloniales de dominación y legitimó las ya existentes. Europa concentró bajo su hegemonía el control de las

* Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

diversas formas de subjetividad, de la cultura, y en especial del conocimiento y la producción del conocimiento.

Esa estructura de relación asimétrica de imposición y control del conocimiento se cimentó desde la invasión europea en América y se sigue desarrollando hasta el día de hoy.

La educación es entendida como “Puesta en práctica de los medios necesarios para asegurar la formación y el desarrollo de un ser humano [...]” (Robert en Morin, 1999: 10). La “Formación con sus connotaciones de moldeado” ha sido centralizada y controlado por las fuerzas dominantes, y es utilizada para imponer los conocimientos y saberes de acuerdo con los intereses de éstas, deslegitimando la diversidad de conocimientos y saberes de los pueblos del mundo.

La modernidad y la modernización

Los problemas que enfrenta la sociedad contemporánea son el resultado de la aplicación de una racionalidad construida tras la caída de la concepción teológica que sustentaba a la sociedad feudal. Durante el Medioevo los hombres vivían bajo el convencimiento de la existencia de un poder divino creador de todo lo existente, los poderes terrenales emanaban de la entidad divina, el ejercicio del poder en la tierra se hacía en representación de esa autoridad suprema, los hombres vivían tratando de cumplir las normas establecidas por la Iglesia, donde los “malos” irían al infierno y los “buenos” al cielo y al paraíso terrenal. Esta concepción es sustituida por la convicción de que ese paraíso terrenal, prometido para la otra vida, debía ser construido por el mismo hombre en esta vida, no después de la muerte, y para lograrlo debía dominar a la naturaleza mediante la ciencia y la tecnología. Según Toraine (1995), a diferencia de la visión teológica del mundo medieval, la religiosidad moderna se inclina ante los nuevos dioses: la razón, la ciencia y el progreso.

La modernidad es una creación de la cultura occidental basada en la consideración de que la sociedad evoluciona de un estado inferior a uno superior, proceso que llevaría a alcanzar la felicidad del hombre. En la visión unilineal de desarrollo social, la humanidad, habiendo pasado por la comunidad primitiva, el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo, se encontraba en el punto más alto de su desarrollo; por lo tanto, la burguesía triunfante asume la tácita obligación de llevar el “desarrollo” a toda la humanidad, en el entendido de que todo grupo o sociedad diferente a esta matriz europea tendría necesariamente que desaparecer por considerársele como grupo poco evolucionado, atávico y tradicional. De esta manera se genera una lucha contra la tradición, se promueve el cambio de las

costumbres y las creencias y se impulsa la lucha contra los particularismos para instalar el universalismo.

Así aparece la oposición dicotómica entre lo bárbaro y lo civilizado; lo bárbaro pensado como la condición de los grupos que no habían logrado evolucionar al nivel de la sociedad capitalista, y el capitalismo comprendido como lo más alto que había logrado alcanzar la humanidad. De modo similar se establece, también en el marco de un pensamiento dicotómico, la pareja tradición-modernidad: la tradición atribuida a los grupos sociales diferentes y la modernidad atribuida a la sociedad europea. Esta separación entre lo tradicional y lo moderno ha tenido efectos perjudiciales para los pueblos latinoamericanos, pues basadas en estos principios se fundamentaron múltiples formas de racismo, exclusión y discriminación.

Los conceptos de modernidad y modernización son una cobertura ideológica y política que la burguesía construye para asumirse como la única fuerza legítima y capaz de impulsar los cambios, el progreso, lo nuevo, y se atribuye la tarea de homogeneizar el mundo a su imagen y semejanza.

La tesis de la modernización del mundo siempre lleva consigo la tesis de la occidentalización del mundo, al comprender principalmente los patrones, los valores e instituciones predominantes en Europa Occidental y en los Estados Unidos. Es una traducción de la idea de que el capitalismo es un proceso civilizatorio no sólo “superior” sino también más o menos inexorable (Ianni, 1999: 60).

La burguesía triunfante se apropia del concepto de cambio y lo hace equivalente al concepto de modernidad. Si entendemos la modernidad como cambio, como lo nuevo, como desarrollo, este proceso no es inherente sólo a la sociedad capitalista, sino que el cambio y la renovación es una constante que se presenta en la sociedad, la naturaleza y el pensamiento a lo largo de toda su existencia. La distorsión ideológica y política consiste en atribuir el cambio únicamente a la modernidad.

Se crea una gran fascinación por lo nuevo, la moda, lo último, como representación de lo más avanzado, y se asocia de inmediato el concepto de cambio, renovación, actualidad, con “moderno”, “lo moderno no sólo como lo actual, lo novedoso, sino como también lo renovador, que implica la superación de lo anterior por algo mejor” (Giddens, 1977: 78). En el marco de esta corriente, el magisterio sufre un síndrome de inseguridad permanente porque les cambian continuamente teorías y métodos, que ya llegó el método por proyecto, que ahora son las competencias,

etcétera. El maestro está sujeto a un mandato y no al desarrollo de una pedagogía propia alimentada por el conocimiento internacional.

Se produce la creación de una falsa conciencia con la afirmación de que el monopolio en torno a los cambios legítimos sólo puede ser realizado por la modernidad. En otras palabras, los cambios que no se enmarcan dentro del sistema capitalista son inviables y en las sociedades “no civilizadas”, “bárbaras”, “incultas”, “premodernas”, la modernidad tiene el derecho y el deber de realizar las intervenciones que considere pertinentes; como si la modernidad contemporánea fuese una condición a la que aspira toda la humanidad.

La modernidad se presenta como la permanente actualización, el estar a tono con los tiempos contemporáneos, seguir el último grito de la moda. Esta construcción fundamenta la incontenible carrera en la que se inscribe la lucha interna del capitalismo contemporáneo, en el que la empresa sólo puede existir renovando incesantemente los instrumentos de producción; el cambio es permanente y constituye una condición indispensable para la supervivencia de este modelo. La incontenible competencia es inherente a su sistema; este proceso genera una espiral inagotable de cambio tras cambio, colocándola en “[...] una situación de tránsito interminable en la que nunca se clausura la incertidumbre de lo que significa ser moderno” (García Canclini, 1990: 333). Lo que hoy es nuevo, mañana ya es viejo, lo nuevo nunca permanece estable, no hay un punto de llegada, por lo tanto, la modernización se asume como infinita.

La modernidad se entiende “[...] como una ‘plataforma’ de estabilidad entre periodos de cambio, se considera a lo moderno como un ‘estado típico ideal’” (Solé, 1999: VIII). Se supone que hay un orden tradicional y un orden moderno de la sociedad. El tránsito de un estado o situación tradicional a uno moderno se denomina modernización; por tanto, se define este último como proceso.

El concepto de modernización justifica la intervención homogeneizante, al dirigir el curso de las acciones hacia el aprendizaje del modelo que la “civilización occidental” impulsa; la modernización es la justificación del colonialismo real y mental. La colonización intelectual se expresa en el aprendizaje dogmático de la teoría generada en las metrópolis, lo que se hace patente en la reproducción irreflexiva de las teorías de moda, limitadas a la comprensión y al reconocimiento de la realidad, pero amputadas como alternativa teórica para la acción.

La modernización se presenta en los países periféricos a partir de centros ubicados espacialmente en los países metropolitanos, desde donde se irradia el modelo modernizante. Se supone que estos puntos de referencia son “modernos”, que tienen capacidades para modernizarse endógenamente; esta situación focal

hace que, cuanto más lejos se encuentren los países de estos núcleos modernos, su modernización sea más débil.

Modernizar puede ser secularizar, individualizar, urbanizar, industrializar, mercantilizar, racionalizar. Implica el supuesto de que lo que ya ocurrió o sigue ocurriendo en Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos, Canadá, Japón, y en otras naciones, como es natural en diferentes gradaciones, ciertamente estará ocurriendo en todas las otras naciones de Europa, Asia, Oceanía, África, América Latina y el Caribe (Ianni, 1999: 61).

Este concepto de corte funcionalista coloca a los países dependientes en una situación de perpetuo aprendizaje tardío, pues cuando estos países están intentando establecer el modelo de desarrollo o la modernización, las metrópolis ya cambiaron, lo cual obliga a los países a que ingresen en una nueva dinámica de cambios siempre interrumpidos, convirtiéndose en una ruta sin destino y sin punto de arribo. Esta práctica circular de cambios proyecta una perspectiva ideológica de perpetuidad del sistema. Cada vez que se pone en acción el término “modernización” se remarca de manera implícita que el capitalismo es eterno. Sin embargo, ésa es sólo una creencia, una falsa conciencia, dado que los cambios que se producen en la planta productiva también transforman las relaciones de producción existentes para hacerlas compatibles con la nueva realidad. En este proceso, el explosivo desarrollo de la producción, que en determinado momento histórico fue el soporte de la gloria del capitalismo, en este momento se convierte en la causa de su fin.

Si se sitúa históricamente la globalización, vemos que no es un fenómeno totalmente nuevo. Ésta tiene sus bases en la experiencia colonial e imperial; es un momento más en el proceso de expansión del capital, favorecido por el desarrollo tecnológico donde la electrónica, la computología, la internet, la biogenética, los medios de transporte, entre otros, han provocado una transformación en los diversos órdenes de la vida humana y no humana: “[...] las nuevas condiciones tecnológicas y organizativas de la era de la información [...] le dan otra vuelta de tuerca al modelo clásico de ganancia capitalista” (Castells, 1999: 95).

El sistema económico contemporáneo puede concebirse como un gigantesco sistema circulatorio, que aspira capital de los mercados y las instituciones financieras del centro y lo bombea después a la periferia, ya sea directamente en forma de créditos e inversiones de cartera, o bien indirectamente a través de compañías multinacionales (Soros, 1999: 14).

Los cambios que se producen en la planta productiva, la tecnología y las relaciones de producción en el primer mundo, requieren de un reordenamiento en la globalización capitalista que hoy vivimos, para lo cual es indispensable la readecuación del mundo material y subjetivo de los países latinoamericanos, donde nuevamente el concepto central que promueve estos cambios es la modernización asociada y compatibilizada al concepto de globalización.

“La expresión ‘modernización’ ha entrado con prepotencia en el debate político y en el uso común” (Barcellona, 1990: 21); entonces se habla de la modernización de la planta productiva, la modernización educativa, la modernización tecnológica, y para lograr estos propósitos se necesita contar con una estructura ocupacional cambiante. Para lograr lo anterior se impulsa un adiestramiento genérico con una formación que pueda ser transmitida en un idioma estándar y que responda de manera adecuada a la nueva división internacional de trabajo. En el fondo se trata de una visión unilineal, homogeneizante y totalitaria, puesto que proclama la validez universal para sus valores.

La modernización es un concepto ideológico que se ha utilizado de manera persistente, para así desarrollar el establecimiento de un proyecto de civilización occidental cuya esencia es el capitalismo en expansión. La modernidad, que en los hechos no existe como modelo, es un ideal mutante que se transforma en función de los avances de la modernización. Esta última viene a ser el proceso que conduce hacia ese ideal inexistente que se denomina modernidad.

En este marco la educación es el instrumento más importante para impulsar la concentración del capital. La educación ha sido cada vez más despojada de los contenidos necesarios para la comprensión del mundo y para la supervivencia, hasta llegar a su forma actual más descarada, en la que a la escuela se le asigna el papel de preparar a la masa laboral que requiere el “desarrollo”.

Consumo y consumismo

La concepción de las dualidades tradición-modernidad, bárbaro-civilizado, desarrollado-subdesarrollado, constituyen la fundamentación ideológica que justifica la injerencia en asuntos internos, alimenta la dependencia y legitima la colonización intelectual. La historia registra las políticas de asimilación compulsiva que se han practicado en el país, la construcción del Estado-nación como el modelo legítimo, como el bastión universalizador que tenía la misión de imponer una sola lengua, los mismos símbolos, el mismo sistema económico, las mismas instituciones, los mismos conocimientos, los mismos gustos, etcétera.

Tuvieron el mismo correlato de la lucha contra la diversidad cultural. Esta lucha sigue activa hoy en su dimensión global, y las políticas asimilacionistas se presentan como reconocimiento de la diversidad sólo en su dimensión folklórica, no como civilizaciones distintas.

La práctica compulsiva contra la diferencia y la diversidad ha construido el concepto de calidad pensada como productividad, eficiencia y eficacia; la producción del sistema capitalista contemporáneo privilegia el rendimiento, el incremento del lucro y el productivismo para la competencia en el mercado, actividades que se desarrollan fuera de toda planeación y previsión. Se ha dejado todo a la “regulación del mercado”, se ha desatado una frenética competencia por la obtención de la ganancia, donde los límites éticos han sido vulnerados hasta llegar a evidenciarse situaciones que denigran la naturaleza humana.

El productivismo contemporáneo privilegia la obsolescencia programada, donde cada producto fabricado debe tener una vida útil prevista para garantizar la circulación de las mercancías con gran celeridad, con el propósito de incrementar la acumulación de riqueza y para mantener activa la planta productiva e impedir el paro. La práctica de la obsolescencia programada ha redundado en el incremento de la ordinariedad, alentada por hábitos construidos como “la moda”, la “nueva ola”, “estar a tono con el tiempo”, etcétera.

Esta carrera descontrolada de productivismo es la causa fundamental del desastre climático contemporáneo. Es indispensable reconocer las causas del fenómeno porque no se puede detener el desastre climático atendiendo sólo a las consecuencias. Mayor productividad implica mayor destrucción de los recursos naturales, y mayor incremento de la riqueza requiere mayor dinamismo de la planta productiva y mayor consumismo. Todo este proceso ha colocado al capitalismo contemporáneo en una contradicción insalvable con la ecología. En este aspecto no existe otra salida; es indispensable otro modelo en la producción, es indispensable resemantizar el concepto de calidad colocando al humano como factor fundamental.

La lucha por suprimir la diversidad es una batalla perdida porque el universo es diverso y ésa es una constante, y porque los universalismos son ejercicios de poder y de control no compatibles con la naturaleza. En la diversidad cultural podemos encontrar las respuestas para la construcción de la nueva civilización o las nuevas civilizaciones, no para repetir el pasado, sino para, apoyados en su experiencia, construir el nuevo mundo en la armonía que todos deseamos.

En los grupos diferenciados de los países latinoamericanos están presentes y activos múltiples conocimientos que por la lucha compulsiva contra la diversidad han sido minimizados, desacreditados, deslegitimizados y discriminados. La

imposición de un solo modelo en el consumo apoyado por la colonización intelectual no permite reconocer los aportes de culturas milenarias que muy bien pueden contribuir de manera sustancial a la solución de los problemas contemporáneos. Por ejemplo, no se tiene conocimiento sobre la producción y el consumo masivos de plantas y animales de las culturas nativas; como ejemplo sólo señalaré la quinua, la quihuicha y la espirulina que, pese a tener un enorme potencial nutricional, siguen en el olvido porque nuestra mente está entrenada al consumo de productos “legitimados” por la convención modernizante.

El redescubrimiento del “sacha inchi” en la selva peruana nos muestra que una planta que fue de consumo masivo en el área andina, registrada en restos cerámicos, textiles, armas, etcétera, casi pasó al olvido; su redescubrimiento por acción de un maestro de primaria que observó cómo los indígenas de la selva machacaban el plátano con un instrumento denominado *cachi mazo* (mortero de piedra salada), e incorporaban cada cierto tiempo una semilla de “sacha inchi”, llamó poderosamente su atención. El mérito de este maestro fue enviar esta semilla a laboratorios europeos y norteamericanos, donde se obtuvo un resultado deslumbrante: Omega 3, 6, 9, ácidos grasos escasos en la alimentación convencional, minerales, etcétera. Los países metropolitanos requirieron su producción masiva; claro está que en el mismo esquema de captar materias primas y devolverlas a los usuarios en su forma industrializada se multiplicó su precio. La pregunta que surge es: ¿por qué no hay una producción masiva para satisfacer la demanda interna? Y la respuesta es la misma: vivimos en un modelo donde la calidad no está asociada al requerimiento humano, sino al incremento de la riqueza.

Igualmente podemos mencionar la carne de cuy, que en una tabla comparativa nos muestra su superioridad en relación con otras carnes rojas de consumo convencional; de la misma manera, podríamos enlistar las verduras empleadas por los originarios que no se encuentran en el consumo convencional. Con relación a las bebidas en Chiapas, la cultura conserva el consumo del pozol, el agua de chí, el tascalate, las aguas de innumerables frutas. Y podemos hacer largas listas de bebidas por cada cultura; sin embargo, la modernidad privilegia el consumo de aguas embotelladas que causan masivo deterioro dental en la sociedad, así como la propensión a la muerte por enfermedades cardíacas porque el carbonato de sodio tiene la propiedad de endurecer las arterias. Cualquier bebida natural que se encuentra en el uso cotidiano de la sociedad chiapaneca es superior en calidad para el requerimiento celular humano, en comparación con las aguas embotelladas por la industria refresquera. Si observamos otras dimensiones de la cultura, igualmente comprenderíamos cómo la colonización mental ha

invisibilizado la calidad como satisfactor humano para favorecer el consumo de un solo modelo cultural.

Otra de las contradicciones insalvables se observa entre diversidad cultural y homogeneización. Frente a la multiplicación de la diversidad cultural por acción de la globalización, sólo queda el camino de la diferencia, cuyo correlato en cualquiera de sus formas será la democracia, entendida como la participación de la diferencia en las decisiones, lo que la hace diferente de otras formas de democracia con apellido. Es indispensable en este aspecto propiciar la comprensión de las relaciones, que deben derivar en la percepción de la diversidad como riqueza de la humanidad.

La discusión de la transformación de la educación debe pasar por el reconocimiento de la diversidad cultural y por la instalación de la educación diferenciada y, a partir de ella, por la práctica de la interculturalidad.

Sabemos que no se trata solamente de conocer y comprender el mundo; hoy más que nunca se trata de que orientemos la reflexión al “qué hacer” frente a una realidad descomunal. Puede sonar pretencioso el atrevimiento; sin embargo, creemos que es mejor cometer errores en vez de permanecer en el territorio de la contemplación. En ese sentido, creemos que la planta productiva debe reorientar la producción tomando en cuenta las necesidades indispensables del humano desde una nueva relación ética con el mundo, lo cual nos pone en el camino de pensar un nuevo proyecto o nuevos proyectos de civilización.

Se debe clausurar la diabólica carrera productivista basada en la consecución del lucro. Sé que proponer esta idea sólo sería coherente si toda una identidad colectiva terrena la asumiera, en vista de que este proceso está en construcción y los acontecimientos del desastre climático avanzan a gran velocidad. Creo que en los niveles locales e individuales es factible reorientar la producción hacia la calidad pensada para el humano, al mismo tiempo que es factible reorientar nuestro consumo, colocando en el centro nuestro rechazo a la obsolescencia programada y a la ordinariez, para usar y reusar maximizando y prolongando la vida útil de las cosas. Consideramos que un consumo responsable masivo puede reorientar la planta productiva, y es tarea de la educación formar en esta perspectiva.

La educación debe estar abocada a construir alternativas autosuficientes dado que la dimensión de los acontecimientos que asoman imposibilitará el suministro de productos concentrados por productores monopólicos.

Asimismo, es indispensable reflexionar en torno a la colonización intelectual dado que la dependencia del conocimiento construido en los centros de poder torna invisibles los elementos de calidad que tenemos a nuestro alcance.

La escuela ha perpetuado ideas de orden, justicia y verdad y ha manejado la concepción de que los sujetos sociales deben dejar en la puerta su ropa para ser cambiados con la esperanza de salvación. La estructura de purificación y salvación practicada por la religión pasó a formar parte de la concepción escolar; de esta manera se dio la negación del otro, la castellanización forzada o la imposición de celebraciones de los vencedores. El resultado fue una incompetente formación de los profesores frente a culturas originarias, y la educación fue y es funcional a la colonización ideológica; en Chiapas quieren indios exorcizados, por lo que los fundamentos de la modernidad y la globalización siguen intactos.

La colonización teórica en la educación superior se manifiesta cuando cada cierto tiempo se pone de moda una corriente teórica que viene de centros metropolitanos. Así se sucedieron, por citar algunos ejemplos, Kuhn, Levi-Strauss, Bourdieu o Foucault; el que no conoce al autor está científicamente desautorizado, y lo académico se mide en función de la reproducción de las ideas metropolitanas. Estas prácticas tienen sustento en la concepción hegeliana que plantea que las ideas preceden a la realidad y que la realidad está en el mundo de los conceptos; es por esa razón que la enseñanza es conceptual y teórica y que en condiciones de dominación se convierte en el instrumental más efectivo para la imposición de una cultura sobre otra. En estas condiciones, los maestros y alumnos deben recitar a los autores aun cuando la aplicación al contexto sea incompatible. Nuestro sistema educativo, desde el nivel preescolar hasta la educación superior, está dominado por una enseñanza dogmática. Por eso, aprender a leer y entender lo que se lee es imperativo. Es indispensable colocar en el centro de la reflexión la siguiente interrogante: ¿para qué educar?, ¿para qué y para quién investigar?

El sistema educativo en Chiapas fundamenta su acción a partir de la modernización, que se erige como discurso central para propiciar el “desarrollo”. Con ese propósito se importan e implantan los modelos educativos diseñados en función de los requerimientos económicos de las grandes transnacionales, los que se sintetizan en las directrices establecidas por el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial de Comercio, y que la Secretaría de Educación Pública se encarga de imponer. Esta acción unilateral es la causa fundamental del fracaso en materia educativa; las carreras y los contenidos que se imparten poco o nada tienen que ver con los requerimientos de la población chiapaneca en su conjunto porque se imponen programas fuera de la cultura, el contexto y los intereses de los habitantes locales.

Identidad e interculturalidad

El concepto de “identidad” se entiende como el sistema subjetivo organizado como un “programa” que construyen e instauran los individuos y grupos para intervenir en los procesos de interacción social. La identidad colectiva es la que “permite conferir significado a una determinada acción” (Pizzorno, 1989: 318); es “la fuente de sentido y experiencia para la gente (Castells, 1999:28).

Según Giménez (1988), la identidad existe bajo una forma objetiva y una forma simbólica y subjetiva; la define desde su dimensión descriptiva y explicativa y la ve como una red de pertenencias sociales, un sistema de atributos distintivos y como una narrativa de una biografía incanjeable.

Los individuos y grupos someten a examen sus conocimientos y criterios para la acción social. Son las necesidades y un rango determinado de intereses los que motivan estos reajustes. La toma de decisiones se gesta en un ámbito de competencias y de aspiraciones; de esta manera, se encuentra en permanente contraste el capital simbólico con la realidad. Esta dinámica obliga a los individuos y grupos a la transformación permanente de sus identidades, de modo que la identidad se encuentra en constante renovación y selección de sus componentes, proceso que se realiza siempre a partir de los conocimientos previos.

Las contradicciones en torno a la concepción de la interculturalidad se dan a partir de posicionamientos específicos ante la expansión del capital en su forma neoliberal. La representación oficial de la interculturalidad es criticada porque anula los procesos históricos y las relaciones establecidas por los seres humanos en su vida social; porque presenta la diferencia como dato cosificado; porque ve la cultura como rasgos y aspectos, como datos muertos —vestuario, lenguaje, ceremonias, etcétera—, y porque sobre aquellas relaciones sociales propone una relación dialógica, un encuentro, como si estos aspectos se encontraran fuera de los procesos de producción y reproducción material y simbólica. Desde esta perspectiva, los diferentes elementos culturales se convierten en objetos de consumo, en los que se borra la dimensión de lo real en el otro y la diferencia se presenta como objeto decorativo folklórico. En el fondo, es una reedición de la dualidad civilización-barbarie.

Esta perspectiva presenta la diversidad como lo bueno, celebra e impulsa la diferencia acríticamente, el “otro” patriarcal violento no aparece, y prescribe el respeto y la modificación de las actitudes.

Las relaciones pedagógicas están centradas en los sentimientos y las actitudes que deben ser modificadas para la convivencia social, pero desaparece

la sobrevivencia, se impulsa un respeto obsceno bajo el argumento de que sí, efectivamente, la diferencia tiene que ver con las desigualdades, pero aun así hay que respetar las diferencias. Se encubre la prevalencia de las asimetrías económicas y sociales; mediante el velo de una hipócrita pedagogía de la amabilidad, se acepta la diferencia cultural siempre y cuando admita su subordinación dentro de una perspectiva hegemónica y totalitaria; hay una despolitización de la diferencia y se siembra una fantasía de la armonía bajo el discurso de un pluralismo muerto y cosificado, y el tratamiento igualitario de las diferencias legitima las relaciones de explotación y dominación.

La perspectiva crítica de la interculturalidad plantea que la interculturalidad oficial es un dispositivo de poder que permite la permanencia y el fortalecimiento de estructuras sociales establecidas, y surge desde los diseños globales del poder, el capital y el mercado. Se mantiene el eurocentrismo como perspectiva hegemónica de conocimiento, se afianza la colonialidad del saber y se oponen a que haya una continuidad civilizatoria indígena. El reconocimiento de la diversidad es una nueva estrategia de dominación y su propósito no es la creación de sociedades más equitativas e igualitarias, sino un control del conflicto étnico.

La interculturalidad funcional no cuestiona las reglas de juego, sino que es perfectamente compatible con la lógica del modelo neoliberal existente y promueve el diálogo y la tolerancia sin tocar las causas de la asimetría social y cultural. Por el contrario, el interculturalismo crítico busca suprimirlas por métodos políticos no violentos.

La asimetría social y la discriminación cultural hacen inviable el diálogo intercultural auténtico, por lo que para hacer real el diálogo hay que empezar por visibilizar las causas del no diálogo. Y esto pasa necesariamente por un discurso de crítica social.

La interculturalidad crítica parte del problema del poder. Es una perspectiva que surge desde la gente, es una construcción desde abajo y plantea una creación de condiciones de poder saber y ser distintos. No es un proyecto étnico de la diferencia, sino que más bien es un proyecto de la reexistencia de la vida misma, es un imaginario otro y una agencia otra de convivencia. Resalta su sentido contrahegemónico y orienta su análisis al problema estructural colonial y capitalista como el aspecto que genera y mantiene las asimetrías.

Los intentos de una educación intercultural desde la estructura institucional en Chiapas son incipientes y débiles porque se privilegia el aspecto formal entendido como el cumplimiento de directrices, y no el tratamiento de las relaciones reales a lo largo del proceso educativo. La concepción segmentada de la interculturalidad,

pensada como asistencia filantrópica hacia los pueblos originarios, hace poco efectiva la labor institucional, dado que se centra la gestión en la asimilación de los indígenas al modelo homogeneizador y no se llevan a cabo acciones dirigidas hacia el cambio de la perspectiva racista de los no indígenas. Las dificultades para la implantación de la perspectiva intercultural en el sistema educativo se profundizan por la escasa o nula formación del profesorado en aspectos teóricos indispensables para el tratamiento de la interculturalidad, como los valores, la identidad, la cultura y las diversas posturas sobre aquélla.

Reflexiones finales

De acuerdo con los argumentos presentados en esta ponencia, una transformación educativa que requiere nuestro tiempo debe considerar:

- Que la educación no puede llevarse a cabo sólo a partir de los intereses de una cultura que impone una forma de conocer y construir el conocimiento.
- Una educación pertinente debe considerar la diversidad cultural, por lo que debe impulsar una educación diferenciada y de allí buscar la interculturalidad.
- Se debe clausurar la concepción del crecimiento ilimitado que conduce a la extinción de la especie humana; se deben construir múltiples modelos que sustituyan la concepción de la modernización.
- Dado que el concepto de “desarrollo” en la época actual ha derivado en subdesarrollo, surge la necesidad de reconocer y buscar conceptos compatibles con la sustentabilidad, en el entendido de que es imposible que el capitalismo sea sustentable por su propia naturaleza.
- Una transformación educativa debe considerar la resemantización del concepto de calidad. Ésta significa, para los neoliberales, lo que produce más ganancias, aun cuando ello sea contrario al bienestar humano.
- Se debe establecer una franca y urgente oposición a la obsolescencia programada, la que debe ser sustituida por la calidad resemantizada.
- La calidad debe ser pensada en función de la satisfacción de las necesidades de supervivencia de la especie humana.
- Una transformación educativa en nuestros tiempos debe considerar el reensamble del aspecto prosaico y poético del ser humano.
- Debe también considerar la armónica relación entre las partes y el todo, en tanto vivimos en un mundo de conocimiento fragmentado. En este sentido, será saludable reencontrarnos con las formas primigenias de interpretar el mundo desde principios integradores que se encuentran vivos en los pueblos originarios.

Referencias bibliográficas

- Barcellona, Pietro (1990), *Posmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*. Madrid: Editorial Trotta.
- Bonfil, Guillermo (1993), "Por la diversidad del futuro". En Bonfil, Guillermo (comp.). *Hacia nuevos modelos de relaciones interculturales*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Castells, Manuel (1999), *La era de la Información*, vol. III. México: Siglo XXI.
- Dieterich, Heinz (2000), *Identidad Nacional y Globalización. La tercera vía. Crisis en las Ciencias Sociales*. México: Nuestro Tiempo.
- García Canclini, Néstor (1999), *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*. México: Grijalbo.
- Giddens, Anthony (1977), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Giménez, Gilberto (1988), *La teoría y el análisis de la cultura*. México: SEP, Universidad de Guadalajara, COMECOSO.
- Ianni, Octavio (1999), *Teorías de la Globalización*. México: Siglo XXI.
- Morin, Edgar (1999), *Siete saberes necesarios para la educación del futuro*. París: UNESCO.
- Pizzorno, Alessandro (1982), "Identità e interesse". En Loredana Sciolla (ed.), *Identità*. Torino: Rosenberg y Sellier.
- Quijano, Anibal (2000). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En Lander, Edgardo (2000), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales: perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Solé, Carlota (1998), *Modernidad y modernización*. Barcelona: Anthropos, Editorial Rubí. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Soros, George (1999), *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*. México: Plaza y Janés.
- Toraine, Alain (1995), *Crítica de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica.